



La Barcarola de

Pablo Neruda

por Jaime CONCHA



y el mar continuó y subió el movimiento a mi pecho.

I

Arbol de crecer alto, lento y firme. Así se refirió, hace 43 años, Pedro Prado al poeta que acababa de publicar CRIPUSCULARIO.

La imagen vegetal adelantada por el autor de LOS PALARCOS HERMANOS, se ha hecho cada vez más válida para representar el movimiento de esta prodigiosa poesía, su decisión de altura, amplitud y profundidad.

Las grandes estaciones se desplazan en la longitud del año; los árboles crecen; en la soledad esperada, la primavera gradual y absoluta. El verano, más lejos, esperando, será sólo el revelador exacto de sus frutos.

Ha sido el ciclo del poeta, el sometimiento esporádico a los ruidos, el agrobio sobre el cuerpo manifestado de los objetos. Ha habido el desorientamiento múltiple y solitario del paisaje autobiográfico. Ahora estamos ante un ciclo marino, justo y riguroso en la similitud de su propósito. Como en grandes olas avanza la marea arriba de LA BARCAROLA, su marea lenta. No son los ruidos con su ritmo de trabajo; no es tampoco la voz de un gondolero; es el trabajo del mar mismo que prolonga su sonido a través de esta poesía. Ella establece un nuevo fundamento para lo lírico en ese extremo en que los movimientos de la Naturaleza y del Canto se superan tan fuertemente que crean un equilibrio impalpable, una arquitectura moral.

Siempre hubo, desde RESIDENCIA EN LA TIERRA, un principio material de la poesía nerudiana, un territorio de unidad en el cual la poesía era sólo un crecimiento natural sobre historia o vida personal. Ahora, LA BARCAROLA, continúa a la residencia en el mar de...

Tercer mundo y diez especies constituyen el libro. Es una disposición al terreno que preserva la continuidad —valga el término— en la lectura de esta obra. Los episodios reconocimientos colectivos, Raritas, Héroínas, especímenes personales, parecen formaciones que se levantan desde el mar y que vuelven a su estado infinito. Mientras la barcarola continúa, sigue y termina, el mar está presente en todas esas épocas; se por sucesivas circunstancias históricas, como en Terremoto en Chile, o, en la mayoría de los demás, como concreto factor de las situaciones. Parecerían excluidas, sin embargo, Seseanta de París, Las campañas de Rusia, Había un transiente... y El astronauta.

No está en el exótico el ambiente marino. Pero, sabráse como gó-

lamente imperioso de unidad. Es lo que hace de la poesía de la patria una presencia en una antigua patria cultural o en la patria socialista o en las patrias americanas y en la patria cívica.

Además, te ama y me ama y te ama: con cortos, los días, las mareas, la lluvia, los ruidos; son alas las cosas, los árboles, y puntos más allá; se acerca en la arena la espuma que quiere besarte; Es el comienzo de esta substancia marina. Hoy un juego monótono, con la sucesión de las olas, con palabras que se repiten conjugando sus aspiraciones. Todo un sabio artificio de asociaciones, de líneas internas, de hallazgos en el campo de las sonoridades se pone al servicio de una intención fundamental: la expresión de una identidad en movimiento. Por eso es también LA BARCAROLA un arte de mar.

II

FUGA DE ANTIGUAS IMÁGENES

Había que estudiar y detenerte en cada uno de estos grandes poemas. Son esos los que destruyeron, y sólo parcialmente: Lord Cochrane de Chile sin duda, tal vez Artigas. La concepción de Había un transiente... no la comprendí bien, aunque permito algunas acrobacias. Frente a esos, los demás están en extrema resaca, sus ruidos de órgano marino. De ellos, un sonido inabundante nos interesa por ahora: un sonido de golpe de maldad y de velas acciones kármicas.

Desde tiempo atrás veníamos reflexionando en la posibilidad de fundir un análisis histórico-social de la poesía nerudiana, ya en sus más tempranos momentos y sobre todo en la época de RESIDENCIA EN LA TIERRA. Mientras nos damos batallas a la tarea de resolver los problemas técnicos que tal intento implica, hemos observado lo que se refiere a la determinación de ciertos hitos históricos y literarios. Precisamente dos de ellos aparecen ahora, en LA BARCAROLA, un esclarecimiento poético que nos confirma en nuestros resultados parciales. Uno es el relativo a la constitución del sentido que aparece con cada uno de los episodios —compañías, tres objetos que abren el universo objetivo de Galope muerto. Para este tema se ofrece como una sustancial coherencia, restituir a la poesía las campañas de Rusia. El río, del cual observamos dar sus vueltas gamalías indisciplinadas que nos arrojan más bien como un ordenamiento personal de

ideas, es el que ya se vislumbraba en este pasaje del primer poema de LA BARCAROLA:

En que un Capitán cuyos ojos esconden una inmensa oscuridad de amor, arrancándose los dedos de las manos heridas por las llamas que quemaban, las llamas del saqueo y suplicio.

Desde esa circunstancia de su biografía poética que coincidió la publicación antológica de LOS VERSOS DEL CAPITAN, proyecta el poeta una imagen que se dispersa mucho más allá de la esfera de significación individual. Se trata, fundamentalmente, de la renovación de una tragedia colectiva, la tragedia inaugural de nuestra colectividad; la tragedia del Capitán y de las llamas, la de las llamas y de la saqueo; las viejas heridas y el suplicio que el poeta no puede olvidar. Terremoto en Chile, el primer episodio del libro, afirma y desarrolla vigorosamente esta vuelta al acontecimiento originario. El estremecimiento de la patria ya estaba experimentado en antiguos hitos políticos en Catáctano, ese formidable poema incluido en los CANTOS CEREMONIALES. Ahora, cuando conoce el poeta la noticia del nuevo sismo en las cercanías de la antigua ciudad esclavista de Lisboa, se reanuda la lamentación:

Dios mío, toco la campana la lengua del antepasado en mi boca otra vez, otra vez el caballo blanco cuando patria el plenilunio y escoge la patria derogada, la orilla del páramo andino la tierra que dio en su angostura la uva rosada y el sobre absoluto otra vez, otra vez la herradura en la tierra de la patria que nace y padeció otra vez el espanto y la grieta.

El audio que apara los pies y divide el volumen del alma hasta hacerse un páncro, un pulido de polvo, un sonido.

Si, duda, la intensidad evocativa se concentra en toda la ambivalencia de ese otra vez pronunciado reiteradamente. Hay por supuesto, la alusión natural ya indicada. Pero ese estallido irruendo, esa herradura en el rostro, el espanto, aparecen aquí con una proyección histórica decisiva, que orienta su sentido con el más penitente gesto sobre nuestra patria. El poeta lo señala expresamente por lo demás: tocó la campana la lengua del antepasado en mi boca...

Es necesario recordar el impacto que significó para el autor la presencia del caballo en sus tierras, su cobertura férrea de arneses y herraduras? Nuestras primeras clases de Historia de Chile, que siempre nos

veían la penetración indolente de las hechas, apenas si sabían eso que es materia esencial en las Cartas de Valdivia, en LA ARAUCANA desde Argo y en todas nuestras primeras épocas. Un pasaje de la CRONICA DEL MUNDO DE CHILE recuerda así el fenómeno:

Y como el lugar era profundo, y lleno de bosque, y la gente que lo ocupaba en tanto número, era cosa estupenda que el ruido saliera de las voces, ruido de las armas, y el que hacían los cascos con los rinchos y picadas con que sonaban las herraduras en las piedras; de suerte que parecía oírse de júbilo. (CHILE, t. VI, p. 223).

En Sigue la Barcarola, tenemos estos versos:

Y luego en el rumbo sin rumbo de la oscuridad terrestre siguiendo las huellas borradas de las herraduras, rinchos se e la una error el pan de la boca de un hombre y se va por el campo anarado al

humbro más lento del cielo. En un extraordinario juego imaginario, el poeta consigue las huellas de la antigua marcha, la marcha olvidada. Sólo queda la luna como ruido festivo, mientras danza en el cielo, figuradamente, y ahora en la forma de una última inocencia, el pasado fértil de la tierra.

Por lo demás, en este poema anclado en el paisaje patrimonial, se anuda la continuidad del Mar y la Tierra, continuidad determinante para la historia del capítulo inicial de dos países. Es la océano terrestre. Con esto se inicia una prolongación de las huellas hacia el mar, de donde vienen los dolores. Y entonces, en el último episodio del libro, LA Mascarina marina canta o gime:

sin duda un camino de largura hacia la salmuera el el espantoso silencio después de las lamas de la arduidad en el territorio inocente otros hanares vestidos de oro con máscaras blancas están en pedras a sus semejantes.

Se ve entonces la unidad de LA BARCAROLA, su compacto volumen. No hay Mar y Episodios históricos; hay puro mar o historia impura. Una prolonga en su soledad rinchos y picadas de otro tiempo y en su oscuridad reparte a su vez el ruido del mundo. Pero estas ya son imágenes residenciales. La otra, la historia, sólo puede buscar o huirse ya anclado de sus construcciones en el mar, en su cielo, en su horizonte.

Porque: La verdad es amargo movimiento. J. C.

Ante el Río - Día, septiembre de 1963.

La Barcarola de Pablo Neruda [artículo] Jaime Concha.

Libros y documentos

AUTORÍA

Concha, Jaime, 1939-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1968

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

La Barcarola de Pablo Neruda [artículo] Jaime Concha.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile